

DIGNO ES EL CORDERO

“He aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré; y he aquí en medio del trono y de los cuatro animales y de los ancianos, estaba un cordero como inmolado...” Apocalipsis 5: 5 - 6

Cuando Lea dio a luz su cuarto hijo, dijo: “Esta vez alabaré a Jehová: por esto llamó su nombre Judá” (Génesis 29 :35). Más tarde Jacob antes de morir convoca a sus hijos y les habla personalmente a cada uno: a judá dice: “...Cachorro de león Judá... no será quitado el cetro de Judá hasta que venga shiloh y a él se congregarán los pueblos” (Génesis 49: 9-10).

Cerca de dos mil años después Dios cumplía su promesa hecha en Génesis capítulo 3 y en el cumplimiento del tiempo enviando a su hijo. Juan el Bautista lo anuncia así: “He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Es este mismo cordero el que aparece aquí en Apocalipsis 5 cuando Juan vio en la mano derecha de un ángel un libro sellado con siete sellos que nadie podía abrir ni desatar sus sellos; frente a lo cual Juan lloraba porque no había sido hallado ninguno digno de abrir el libro ni de leerlo ni de mirarlo. Uno de los ancianos le dice no llores: “He aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que a vencido para leer el libro, y desatar sus siete sellos”.

En el momento que el cordero toma el libro, la multitud reunida prorrumpe espontáneamente en un himno de adoración que sube, en tres oleadas sucesivas, en un admirable “crescendo” millones y millones de ángeles se unen a los cuatro seres vivientes y a los veinticuatro ancianos que han entonado el cántico. La alabanza se eleva cada vez mas alto hasta que “Todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra y debajo de la tierra”. El coro universal se une al jubiloso canto de victoria y loor al que podemos unir nuestras voces y nuestras vidas.

“El cordero que fue inmolado es digno de tomar **el poder, y riqueza y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y alabanza.** Siete son los elementos de la alabanza ofrecida al cordero por los hombres y los ángeles.

EL PODER. Francia juzgó que Napoleón era digno de ejercer una autoridad ilimitada; Alemania confió a Hitler un poder sin restricción. Demasiado tarde esas dos naciones se dieron cuenta que su confianza había sido mal depositada. Experimentaros a sus expensas la verdad de esta declaración: “Todo poder corrompe. El poder absoluto corrompe totalmente”. Solo es digno de ejercer un poder absoluto aquel que es misericordioso. Su dominio nunca degenerará en despotismo o tiranía. Lo garantiza la mano, otrora traspasada por un clavo, que sostiene el cetro de la soberanía universal. ¡Digno es el cordero de tomar el poder!.

RIQUEZA. Aunque dueño de todas las cosas, Cristo no gozo de riqueza durante su vida terrenal. Cuando murió, todo lo que poseía se limitaba a sus vestidos y a la túnica que los soldados sortearon entre ellos. No es de extrañar, pues, que el apóstol Pablo cite el empobrecimiento voluntario de Jesús para exhortar a los Corintios a la liberalidad. “Nuestro Señor Jesucristo, por amor a vosotros se hizo pobre”. Las verdaderas riquezas no son materiales sino espirituales y morales. El hombre rico que no es amado es trágicamente pobre. Para el Señor, el llegar a ser pobre consistió en abandonar la armonía del cielo por la discordia de la tierra, la adoración de los ángeles por la maldad de los hombres.

SABIDURIA. El hombre instruido no es necesariamente sabio. Superior a la erudición es la aptitud que permite utilizar juiciosamente el saber. Fue lo que el joven Salomón pidió a Dios. La reina de Sabá, al visitarle pudo comprobar: “Es mayor tu sabiduría y bien que la fama que yo había oído”. Jesús después de ilustrar un discurso con esa escena, concluyó diciendo: “He aquí, mas que Salomón en este lugar”. Cristo es sabiduría de Dios; lo era en el principio ya de antiguo y lo será por los siglos de los siglos.

FORTALEZA. Sansón era fuerte pero no poseía la fortaleza. La fuerza física era extraordinaria, pero él era moral y espiritualmente débil. La fuerza moral es la más grande fuerza. La fortaleza de Cristo no tiene límite. Él es el hombre fuerte que venció a Satanás y lo despojó de sus armas. (Lucas 11:22). No solo manifestó su poder para

cumplir su misión, sino su fortaleza para soportarlo todo. Reveló una incomparable fuerza espiritual en presencia de las más difíciles pruebas. ¿Quién mas que él “sufrió tal contradicción de pecadores”? (Hebreos 12:3). Fue crucificado en pobreza y oprobio, ahora esta revestido de fortaleza y majestad. “Al único sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por los siglos de los siglos amén” (Judas 25).

HONRA. En los dominios de las artes, de la literatura, de la ciencia, de los deportes o de la guerra, los honores son buscados apasionadamente. Se los otorga como reconocimiento por un gran mérito o como agradecimiento o por servicios prestados. Pero ¿Qué hazaña podrá compararse con la obra del cordero? ¿Quién sino él redimió a los hombres de todo linaje, lengua, pueblo y nación?. En la tierra soportó el más profundo desprecio al ser crucificado entre dos criminales. Rehusó deliberadamente los honores terrenales, pero el universo entero se complace en rendirle la honra que el solo es digno de recibir.

GLORIA. Esta palabra es mas fácil de ilustrar que de definir. En ella se encuentra en concepto de esplendor, de irradiación y de renombre. Solo a Dios le corresponde. “Vimos su gloria” escribe el apóstol Juan respecto de la transfiguración del Señor, cuando “su rostro resplandeció como el sol”. Al referirse a lo mismo el apóstol Pedro dice: “...Habiendo visto con nuestros ojos su majestad”. En la isla de Patmos, el ya anciano apóstol Juan ve a Cristo así: “Su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza”. Después de la visión de la nueva Jerusalén, Juan escribe aún: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brille en ella; porque la gloria de Dios la iluminará y el cordero es su lumbrera” (Apocalipsis 21:23). El Cordero es digno de Eterna Gloria.

ALABANZA. El cordero es digno de recibir la alabanza o bendición. Bendecir es expresar una alabanza, o un voto o una oración con mira a la felicidad y al éxito. Como lo dijo alguien: “La bendición es el don que nosotros, quienes no poseemos nada, podemos ofrecer al que lo posee todo”. Lo menos que podemos hacer es alabar a quien nos otorga su bendición y regocijarse su corazón al bendecir su nombre. Por limitado que

sea nuestro concepto de su gloria podemos, no obstante, unir nuestra alabanza a la del coro celestial y decir con el salmista: “Bendiga todo mi ser su santo nombre”.

Pero el Cordero es tan Magnánimo que quiere compartir con nosotros los siete elementos de la alabanza que venimos considerando en este pequeño trabajo. Todo lo que él es, quiere serlo por nosotros; todo lo que posee, desea que lo disfrutemos también nosotros.

¿Atribuimos el **Poder** a quien “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra”? entonces el nos dirá: “Os doy potestad... sobre toda fuerza del enemigo”.

¿Y las **Riquezas**? “se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza, fueseis enriquecidos”.

¿Oh la **Sabiduría**? “Mas de él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, Justificación, santificación y redención” (I a los Corintios 1:30).

¿Oh la **Fortaleza**? “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”

¿Oh la **Gloria**? “La gloria que me diste les he dado”

¿Oh la **Honra**? “Honraré a los que me honran”

¿Oh la **Bendición**? “Bendito el Dios y Padre del Señor Nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3).

L.F.O.CH Puerto Montt, 2006